

DEL ESTUDIO A LA PANTALLA

MENTIDERO CINEMATOGRAFICO

Richard Barthelmess hará un role doble en «Roulette», su próxima película para Firts National, basada en una novela corta de Fanny Hurst. El argumento y la caracterización son enteramente diferentes de lo que el astro ha hecho hasta hoy.

La extraña historia de una personalidad perdida a causa de heridas recibidas en la guerra, con el ambiente de la vida entre los «sumergidos», rendirá fascinación a la próxima película de Milton Sills para Firts National. «Nightbirds» es el título de la película.

Un castillo de caza en Hungría es el local de la primera escena de la película Billie Dove-First National, desarrolla entre excitantes episodios en la corte y en el campo. Ljos Biro es el autor, y la dirige Alexander Korda.

Cuando muchachas y muchachos de edad estudiantil forman la trama de una película regularmente resulta algo excitante. En «Harold Teers», que dirige Mervyn Le Roy, hay suficiente evidencia para probar el inventivo genio escolar. Travesuras de toda especie se cometen durante el desarrollo de esta hilarante comedia.

Un camino en la antigua Grecia, constituido con gran efecto por el genio y habilidad de técnicos, es uno de los atractivos decorados usados en «Vamping Venus», comedia especial Firts National con Charlie Murray, Louise Fazenda y otros artistas conocidos. Eddie Cline es el director.

Cuando se principie a filmar «The Whip» en los Estudios First National, se hallarán reunidos en el imponente elenco los artistas de más nota que en muchos años hayan aparecido juntos en una sola película. Este melodrama de Drury Lane es de «caracteres», y los tipos, aunque humanos en todo respecto, son delineados y definidos fidedignamente, como si fueran personajes históricos. John Francis Dillon dirigirá esta espléndida película.

William F. Sangster, de 46 años de edad, agente de seguros de Vancouver, se hallaba en Toronto en viaje de negocios, residiendo en el hotel Rey Eduardo, y una noche asistió a la función del teatro Iivoli, a fin de ver «El Circo», de Charlie Chaplin.

«A las nueve, durante la proyección, se oyó una voz que pedía la asistencia de un doctor. El teatro entero se hallaba riendo a carcajadas con uno de los famosos trucos de Charlie, pero la voz logró al fin hacerse oír y un médico contestó al requerimiento.

Después de algunos minutos de silencio fué llamada la policía. El sargento Hill y el alguacil Regan, acudieron prontamente. Mr. Sangster fué declarado muerto y su cuerpo trasladado al Morgue, donde fué inspeccionado por el doctor Crawford. Toda investigación es innecesaria— escribe el «Toronto Globe».

Según «Variety», «El Circo» hizo reír tanto a un hombre que le ocasionó la muerte y a otro fué necesario conducirlo al Hospital. La cola que formaba la gente en espera de poder ingresar en el teatro, ocupaba dos manzanas con cuatro personas de frente, y durante la proyección William Sangster, agente de seguros de Vancouver, rió tanto, que le sobrevino la muerte en su butaca, sin dar tiempo a que ningún doctor pudiera suministrarle el menor auxilio.»

Lupe Vélez, la sensacional y joven artista mejicana, que lleva en los Estados Unidos menos de un año, ha sido contratada por un lustro, por Los Artistas Asociados.

La primera película en la que Miss Vélez aparecerá de nuevo, será probablemente «La batalla de los sexos», superproducción de David W. Griffith, ultramoderna.

El propio D. W. Griffith, ha escrito el tema melódico para «Ruidos de amor», película que acaba de producir para Los Artistas Asociados. Es sabido que Griffith escribió también la parte musical de «Corazones del mundo», una de sus más grandes ciones. Griffith considera a «Ruidos de amor» como la mejor historia de amor que ha producido en sus veinte años de trabajo cinematográfico.

El director Henry King, está ya subiéndose las mangas y limpiando el megáfono para la filmación de la nueva película de Norma Talmadge, para Los Artistas Asociados, «Una mujer disputada», basada en una obra teatral del mismo nombre, presentada durante once meses en un teatro de Broadway.

La acción se desarrolla en Rusia y Austria. Gilbert Roland, secundará a Miss Talmadge.

«The Code of Scarlets», en lugar de «The Royal Americans» será el título

de la próxima First National con Ken Maynard y su caballo Tarzán, cuya producción Charles R. Rogers inició esta semana. Marion Jackson escribió el argumento y la sinopsis.

Corinne Griffith iniciará la filmación de su primera película, bajo su nuevo contrato con Firts National, el lunes próximo, con Frank Lloyd llevando el portavoz. La película es tomada de la novela por E. Barrington, «The Divine Lady». Forrest Halsey hizo la adaptación y Agnes Christine Johnson la sinopsis. Walter Morosco hará la película.

En la Costa Occidental se ha cerrado el contrato de compra por la First National de los derechos cinematográficos de la novela titulada «Waterfront», escrita por Will Chappel y Gertrude Orr.

Stewart Rome, es astro en la producción First National Pathé apareciendo recientemente en «Somehow Good», en la cual alcanzó un brillante éxito.

Manning Haynes, quien introdujo a la pantalla dos dispositivos técnicos de gran éxito en la producción de «Passion Island», de la First National Pathé, ha obtenido un nuevo ángulo en el manejo de la escena en la antigua prisión «Old Bailey», en la película «The Ware Case». Los efectos resultantes se dice que son de naturaleza impresionante. Dicho sea de paso, el patio completo de la «Old Bailey» aparece por primera vez en «The Ware Case».

En la versión cinematográfica de la obra de George Reedyell, «The Ware Case», recientemente terminada por la First National Pathé, hay una escena de una visión. En relación con esto aconteció un interesante incidente cuando Betty Carter, que hace Lady Ware, estaba en el magnífico salón que pone parte de los decorados, y vió de pronto la visión del joven asesinado, Eustace (hecho por Patrick Ludlow), a través de la ventana. Corriendo a la ventana la abrió, pero halló que el espectro se había evaporado, gracias a un ardid fotográfico cuidadosamente calculado hasta el mínimo segundo para la doble exposición.

«The Ware Case», la película que acaba de ser terminada por la First National Pathé, es una espléndida obra misteriosa en la cual Sir Gerard du Maurier tuvo una de sus mejores caracterizaciones en las tablas. El autor es George Pleydell, hijo del difunto Sir Squire Bancroft.

ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL EQUIPO DEL F. E. 23

(Adaptación de la novela de J. Kessel)

El aspirante Herbillon se encontraba en París disfrutando de un corto permiso. Había abandonado el campo de aviación, donde era piloto y durante algunos días olvidaba la guerra, las misiones peligrosas y la muerte que rodaba cada día segando vidas de valientes camaradas de su escuadrilla, cuyos huecos en las filas pronto eran ocupados por otros hombres, ebrios de gloria.

Una tarde, la casualidad hizo que Herbillon conociera a una mujer deliciosa de la que se enamoró locamente.

De esta mujer de mundo que lo había dejado en la ignorancia más absoluta acerca de su identidad, no conocía mas que su nombre; sabía que se llamaba Denise; no obstante, el joven aspirante había vuelto al frente con el corazón rebosante de amor por aquella mujer que había sido su amiga de una hora.

Los días pasaron, con su acostumbrado cortejo de peligros y sacrificios.

Una noche, llegó al campo de aviación un nuevo camarada, el teniente Maury. En el instante de llegar y antes de conocer el timbre de su voz y de hacer un solo gesto, se hizo, sin saber a qué atribuirlo, antipático a todos. Se le recibió de una manera glacial, casi hostil. Sus subordinados estaban correctos apenas, y sus superiores no podían disimular su pensar. Ya no ocultaban sus sentimientos, el desprecio que por él sentían, llegando hasta el punto de detestarlo. ¿Por qué? No se sabía.

Maury, cada día que pasaba, comprobaba este hecho con tristeza.

—Hay algo en mí, sin duda, que es repulsivo, decía con amargura. Más, a pesar de las molestias que esto le causaba, no se afectaba demasiado. En su casa, en el hogar que acababa de dejar, su mujer a la que adoraba, tampoco le amaba. ¿Por qué? Tampoco lo sabía. Maury era lo que se dice un hombre cabal, a la vez valiente y sensible, pero su alma era débil, el alma de un tímido. No era de los que se imponen. Era un apocado. Ahora bien, la guerra y las mujeres preferían a los fuertes, a los que están seguros de sí mismos, y el teniente Maury, no era de esos.

Un joven aviador, no obstante, el aspirante Herbillon, tuvo piedad de este hombre tan incomprendido. El sólo en el campo la hablaba y a menudo le consolaba cuando lo veía demasiado abatido y sumido en la más espantosa desesperación.

Una verdadera amistad, unió bien

pronto a estos dos combatientes, y, cuando hubo la oportunidad de formar un nuevo «equipo», Herbillon pidió entrar a bordo del avión que pilotaba Maury. Le fué concedido este favor, y bien pronto formaron ambos el más maravilloso equipo de la escuadrilla.

El avión de Maury, cuando volaba hacia las nubes en busca de los «pájaros» enemigos, llevaba dos cuerpos y una sola alma. Y los peligros sufridos y las victorias alcanzadas en común fortificaron aun más, si es que esto era posible, los lazos de afecto que unían a Maury y Herbillon.

Llegó, por fin, el turno de permiso para el joven aspirante. Herbillon partió alegre hacia la capital.

—Puesto que vas a París,—le dijo Maury—¿puedo confiarte una carta para mi mujer?

—¡Naturalmente! mi querido amigo—respondió Herbillon, subrayando su respuesta con una amable sonrisa—. Puedes estar bien tranquilo. Tu carta de amor será entregada.

El aviador partió alegremente hacia París donde su primer cuidado fué volver a ver a su querida Denise. Los días de permiso pasaron veloces, como un sueño. Herbillon olvidaba todo, hasta la promesa hecha a Maury.

A punto ya de volver al frente, se acordó de la misiva de su amigo, y una mañana, la última de permanencia en París, corrió a llevarla a la dirección indicada.

¡Cual no sería su sorpresa y estupor, cuando al preguntarle por la señora Maury, vió llegar a Denise, a su querida Denise!

Entonces, en el corazón del joven se libró un terrible combate. ¿Trai-



LIA DE PUTTI

cionaría a su amigo, a su hermano de armas, o renunciaría a su amor?

La disyuntiva era terrible. Alma generosa, era incapaz de bastardear el sentimiento del deber y la rectitud: huyó, más bien que se fué, de casa de Denise sin osar volver la cabeza.

Herbillon se había reintegrado a la escuadrilla hacía algún tiempo, cuando un día, en el preciso momento de partir para el desempeño de una peligrosa misión, entregaron a Maury, en su ausencia, una carta para su camarada de combate.

Era una carta de Denise que enloquecía por la conducta de su amante, le pedía explicaciones.

—¡Es curioso—exclamó Maury—. Parece letra de mi mujer.

La duda nació en el espíritu de aquel valiente.

Rogó a Herbillon que disipara sus sospechas, y este, por toda contestación se limitó a volver la cabeza.

Pero era preciso partir para una misión peligrosa; aquel no era el momento más oportuno para explicaciones sentimentales. El avión se elevó. A bordo el equipo cumplía con su deber. Cada uno estaba en su puesto. ¡Tregua al odio! Era preciso combatir. Una patrulla enemiga había sido señalada y era preciso dispersarla, y una vez más aquellos hombres audaces y heroicos cumplieron valientemente con su deber.

El gran pájaro metálico de Maury aterrizó sin novedad. Tanto él como su camarada habían podido escapar una vez más de las garras de la muerte.

Entonces, por segunda vez, Maury preguntó a Herbillon:

—¿Es verdad?

—¡Sí!

Ahora, Maury ha ordenado a los mecánicos que vuelvan el avión hacia el enemigo: el equipo va a salir esta vez en busca de la muerte. Durante tres horas consecutivas, se libra allá arriba, en el cielo, un violento combate. Rodeado el «F. E. 23» por cinco aviones enemigos, hace esfuerzos inauditos para pasar a través de un verdadero huracán de metralla. Herbillon, en este peligroso trance, oía la voz de su conciencia con su cuerpo el del teniente en el dictándole su deber: «¡Es preciso salvar a Maury!» Entonces, cubrió con su cuerpo el del teniente en la carlinga, a fin de protegerlo contra las balas enemigas. El avión aterrizó por fin. Maury estaba gravemente herido y su compañero muerto. Herbillon había pagado su deuda de honor, al que sin querer, le robó el suyo.

ATALAYA

EL CONGRESO INTERNACIONAL DE LA METRO - GOLWIN - MAYER

A invitación de la Metro-Goldwyn-Mayer, se celebró hace pocos días en Nueva York el primer Congreso internacional del Cinema, al que asistieron delegados de casi todas las partes del mundo. En esta asamblea, única en su género, el cinema, considerado como institución internacional, fué el tema principal de las discusiones.

Jamás en la historia del drama mudo había intentado compañía alguna promover una reunión de sus directores en todo el mundo para discutir asuntos concernientes al cinema desde un punto de vista universal. Abrazando el radio del Congreso la extensión entera del globo, la benéfica influencia de estas deliberaciones no puede menos que dejarse sentir en todas partes.

Una simple ojeada a la lista representativa de los delegados indicará las diversas condiciones y los diferentes puntos de vista que pusieron de relieve las discusiones de estas dos interesantes semanas.

Asistieron a la Convención: David Lake, Australia; Benjamin Fineberg, Brasil; George Forman, Chile; Puerto Rico, P. M. González; Raoul Le Mat, Suecia; Allen Byre, Francia; Inglaterra, J. C. Squier; George Fatt, Guatemala; T. Noilson, Dinamarca; Alemania y Europa Central, P. N. Brinch; F. L. D. Strongholt, Holanda; Bélgica, y Suiza, J. J. Letsch; F. Curioni, Italia; Davis Lewis, España; Louis Goldstein, Cuba; A. L. Kalb, Méjico; y H. Gunderloch, Francia.

Durante los dos primeros días expusieron los representantes las condiciones del cinema en sus respectivos territorios. La recopilación de estos informes en los días subsiguientes ha permitido a los directores de la Metro-Goldwyn-Mayer percibir con entera claridad lo que se requiere para hacer del cinema una institución verdaderamente universal.

Los informes relataban las dificultades de los primeros tiempos, el rápido progreso de los métodos de presentación y la condición floreciente de los teatros hoy en día. Hízose evidente que la demanda general se inclina por los espectáculos genuinos, de índole elevada y de interés humano universal, y en esta dirección seguirá orientando sus trabajos la Metro-Goldwyn-Mayer.

A este respecto presentó William Orr, de las oficinas de la Metro-Goldwyn-Mayer en Nueva York, un luminoso cuadro de los procedimientos modernos para obtener tales películas. Explicó cómo el Gobierno proporcionó todo el transporte y varios regimientos a los productores del "El Gran Desfile",

cuando esta cinta estaba en producción. El ministerio de Marina hizo prácticamente lo mismo cuando se trató de la película "El Sargento Malacara"; y en "Amor, Violencia y Fortuna", donde la acción se desarrolla en la Academia Militar, el Gobierno dió libre entrada a West Point, la Academia Militar de los Estados Unidos, al personal del cinema.

Mr. Orr continuó su exposición de la cooperación oficial explicando la forma en que prestan su concurso los consulados, legaciones y embajadas en los Estados Unidos. Los funcionarios extranjeros se han mostrado extremadamente generosos cooperando para que las películas referentes a las condiciones, costumbres, etc., de sus respectivos países quedaran corregidas y aprobadas a satisfacción general. Esta asistencia ha sido de valor inmenso, permitiendo introducir en las películas el exacto punto de vista de la nación representada.

Los delegados mostráronse sumamente entusiastas a la terminación del Congreso. Habían tenido la oportunidad de manifestar a los productores de películas las demandas de sus respectivos territorios a la vez que el privilegio de discutir ciertos problemas con las autoridades del cinema, cuyo interés predominante es la prosperidad de sus representantes y la satisfacción del público a quien sirven.

El Congreso se clausuró después de una visita general a los teatros y los centros de producción, con un gran banquete oficial. Huelga decir que los representantes se embarcaron de regreso a sus hogares con nuevas ideas y toda clase de informaciones, fatigados tal vez a consecuencia de la intensa y provechosa labor de la conferencia, pero más interesados que nunca en su empeño de mejorar las condiciones del cinema a fuer de entretenimiento el más fascinador de todos los tiempos.



OLIVEN BORDEN

HABLANDO CON LAS "ESTRELLAS"

Pierre Batcheff o la paradoja

No lo hubiera conocido. Su indumentaria era de lo más pobre que darse puede. Llevaba un modesto traje de terciopelo con el cuello de piel de varios colores, mezclados al azar. Colocó su férrea mano sobre mi espalda y empezó el diálogo:

—¿Usted por aquí?
—¿Y usted, por aquí... y así?—respondió.

Nos encontramos por la tarde. Pierre Batcheff era, en aquel momento, príncipe de Silistria y yo (reporter). Su frente estaba ceñida por una corona y llevaba, con toda la dignidad que su rango requería, un manto real, mientras que yo no tenía más que un sombrero de fieltro y un lapicero en la mano por todo bagaje. A pesar de sus galas, esa tarde lo encontraba solo, casi triste, deambulando pensativo en esta especie de fiesta de pueblo en aquella feria que se filmaba.

Por todas partes movimiento, que rompía las líneas, las superficies y los volúmenes; y músicas que, a fuerza de ser atrozmente deliciosas, quebraban la onda. Espirales de luz intensa resgaban el espacio para concentrarse en una cara pálida y delgada o sobre un descote provocativo. Las mejillas del clown eran demasiado rojas, como demasiado pretencioso el aire del domador que un día, quizás no lejano, será deyorado por sus fieras, si es que en este mundo todavía no se han extinguido los ardorosos rayos del sol de la justicia. Las risas crecían, se multiplicaban ante la fantásticas ofertas de los feriantes; la mujer cañón de 196 quilogramos sonreía al enano de inverosímil pequeñez, con ese aire tímido de las prometidas recientes. Pierre Batcheff me conducía de un puesto a otro, de una barraca a la otra, del tobogán al «steam-swings», del tiro al blanco a la lotería, de la plataforma de la risa al laberinto, saboreando a la vez la polifonía de gritos, voces, órganos y risas de aquel pandemonium, y ese olor inconfundible de feria y circo...

—¿Le gusta esto?
—¡Enormemente!

Y cuando, un cuarto de hora más tarde, después de abandonar la «fiesta», nos sentamos el uno frente al otro, en una miserable taberna del muelle Bemmapes, desde donde podíamos ver perfectamente, con sólo levantar una cortina roja, el canal Saint Martín, envuelto casi en las sombras de una noche opaca, se explicó:

—Adoro, efecto, estas notas de color, estas fiestas que pudimos llamar de pueblo, y por snobismo, sino más bien por el atractivo que tienen por su atmósfera, por las gentes que las frecuentan y cuyo roce no podemos eludir: obreros, empleados, gentes modestas y honradas. Ya sé que es de buen gusto el reprocharles una cierta vulgaridad y un color muy subido de lenguaje. Pero ¡bah!, éstos, a mi entender, son defectos bien pequeños, que compensan copiosamente sus cualidades de sensibilidad, espon-

taneidad y sencillez. Para ser menos trivial, ¿no es también aparente la vulgaridad de algunas gentes de mundo y de falsos intelectuales? Una conversación de salón, de dancing o de «peña» literaria ¿no es, bajo otro aspecto, de una pesadez insoportable? Y si se trata del mundo de los artistas, tan si yático en el conjunto, ¡cuánta hipocresía oculta bajo la máscara de la misa, cuántas maniobras y cuántas combinaciones por bajo mano! Nada de esto ocurre entre las gentes que tropezamos en las fiestas populares. Se argüirá que son brutales, a veces groseras, pero son sinceras y emotivas.

Pierre Batcheff calla, pero yo siento cómo interiormente sigue el curso de su pensamiento. Algunos minutos después de un embarazoso silencio y como si hubiera encauzado el caudal de sus pensamientos para llegar a una conclusión, dice:

—Yo quiero mucho al pueblo. Otro día (fué imposible hacer esta entrevista en uno solo) se explicó así:

—Amo al pueblo porque me gusta más lo que tiene su origen en el corazón, que en el cerebro. Hay «metteurs en scène» que hacen cosas asombrosas y bonitas en las que ponen todo su saber, toda su inteligencia, y esto no es suficiente. Prefiero a Abel Gance, que es una sensible. Me explicaré. Si adoro con pasión la joven escuela cinematográfica rusa es porque me da la impresión de encontrarme ante autores que tienen una fe y un corazón. «El acorazado Potemkine» me ha conmovido profundamente. Por eso digo que los films inteligentes, bien comprendidos y desarrollados, hechos con habilidad, minuciosamente trabajados y hasta afiligranados si se quiere, no tienen para mí ningún valor si no preside en ellos el latido acelerado de un corazón.

Y Pierre Batcheff, alzando los hombros como en un movimiento de desdén, saca de su bolsillo una obra de Dostoiévsky.

Pierre Batcheff nació en la Siberia oriental, en Kharbine, pero a los dos años abandonó esta ciudad, de la que, dada su corta edad de entonces, no conserva más que un vago recuerdo de una plaza, un taller y un criado chino. Seis años de su infancia los pasó entre Riga y San Petersburgo, en la primera de cuyas ciudades ya tuvo una aventura a los tres años. Pensado de estar entre las cuatro paredes de su casa paterna, una mañana, en un descuido de sus familiares, salió

a la calle y anduvo errando todo el día por calles y plazas. Quince horas después, sus padres lo encontraron en el puerto...

Las operaciones a que se dedicaba su padre requerían largos viajes. Pierre fué con él a todas partes. Estuvo en Alemania, en Oriente, en Rumania, en España. De nuestro país guarda el grato recuerdo de nuestro cielo y nuestro sol.

A los ocho años se le envía a Lausanne para continuar sus estudios. Después de Lausanne va a Ginebra. En esta última población se apodera de su espíritu la fiebre teatral; olvida asistir a las clases y pierde cursos, por no perder representaciones. A los catorce años y sin que sus padres se enteren, representa el primer papel. No obstante, los padres no tardan en apercibirse de la conducta de su hijo y se lo confían a su tutor, que vive en Rouen. En la antigua capital de Normandía nuestro amigo termina sus estudios en calidad de interno. Abandona el liceo y contando con la complicidad de su tutor, parte a la conquista de la vida.

Su primer cargo fué corredor de comercio, luego auxiliar de contabilidad en la sociedad de seguros «Mutuelle de l'Ouest». Trabajando allí muere el dericero de la entidad y, al correr la escala, queda de contable. Otra defunción al poco tiempo y Batcheff pasa a ser subjefer. Empero, esta profesión no le gusta y opta por marcharse a París. Durante ocho meses trabaja en un teatro de arrabal, que paga poco y mal, y representa piezas muy mediocres y francamente detestables. Luego le vemos como «extra», durante seis meses, hasta que el «metteur», Marcel Manchez, se fija en él y le confía el papel estelar de un film, empezando desde este momento, en rápida ascensión.

A Batcheff le gusta el cine desde su más eterna infancia. A los cuatro años, en Riga, lloraba y pateaba de rabia cuando su madre no quería llevarlo a este espectáculo. Más tarde, su padre vendió un hangar a un comerciante, que lo utilizó para instalar en él un cine, cuyo principal parroquiano era Pierre. En Ginebra, en el Bastion, había sesiones de cine al aire libre. En este cine «gratuito» era obligatoria la consumición, pero nuestro hombre se las ingenia para deslizar por entre las mesas y asistir gratuitamente a la proyección.

Pierre Batcheff ama el sol, el calor, el Mediodía, pero no le gustan los meridionales; tiene mucha simpatía por las gentes del Norte, pero detesta sus paisajes eternamente tristes.

—Lo perfecto, para mi gusto, sería que los nórdicos quisieran venir a vivir al Mediodía—dice, soltando una sonora carcajada.

Como yo le preguntara si sentía la nostalgia de Rusia, me replicó:

—¿Nostalgia? ¡No! Lo que tengo es una gran curiosidad, que raya en locura, de asomarme de nuevo a mi Rusia, de volverla a ver.

La elegantísima artista Ruth Taylor, de la Paramount.



EL PALACIO DE LA MODA

presenta actualmente la más rica colección en abrigos de seda y vestidos soirée.
Rbla. Cataluña, 10

Dolores Costello y Warner Oland, protagonistas de la producción Selecciones Gran Luxor Verdaguer. "El Circo de la Muerte."

núm
58

JUEVES

CINEMATOGRAFICOS

abril
12
1928

El Día Gráfico



Lia Forá, elegida entre miles de bellezas en el Concurso organizado por Fox Film, en el Brasil.



*Antonio Moreno
y Constance Tal-
madge en un film
de la First National.*



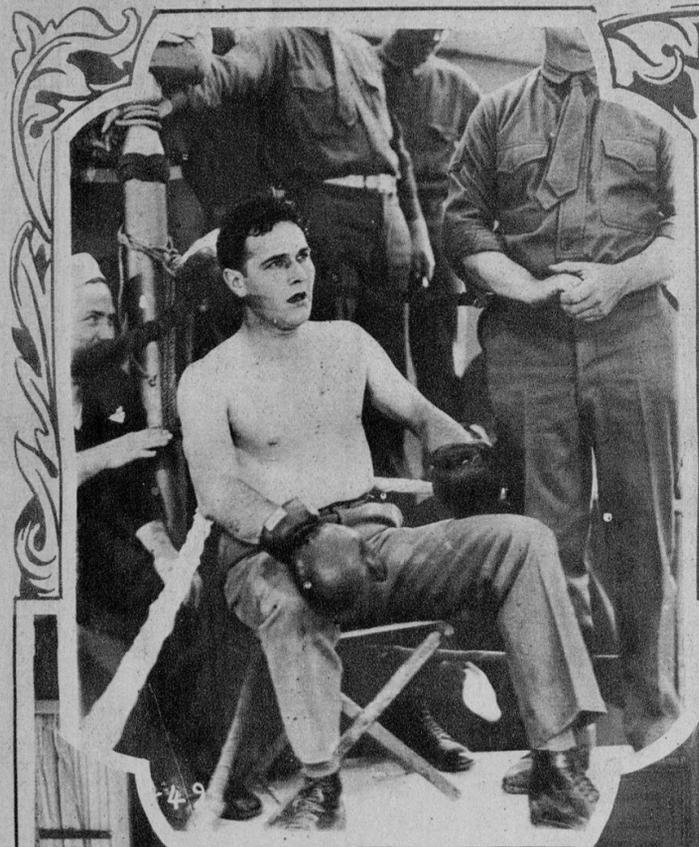
*La pequeña artista
de la Paramount,
Jimmie Adams, con
su foca favorita.*



*Escena de "El estudio secreto," film Fox, del que es protagonista la
bella Olive Borden.*

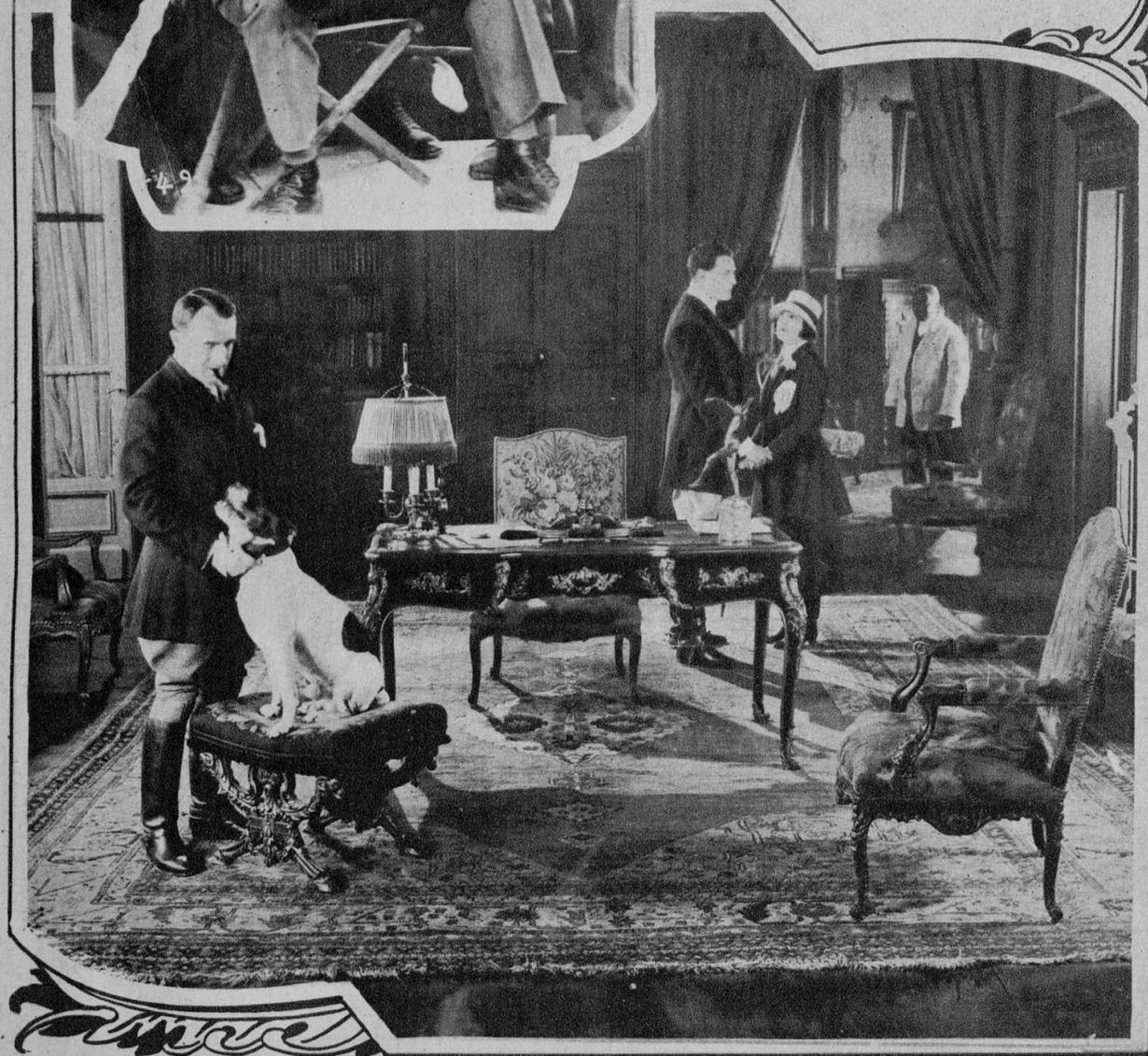


*Una escena de
"La Isla Encantada,"
por Milton Sills
y Betty Bronson.*



Una escena de "Martirio,"
del programa Vilaseca
y Ledesma, con Suzy
Vernon.

William Harnes que,
con Lon Chaney y Eleanor
Boardman, consiguen un
éxito en "El sargento Mala-
cara," film M. G. M.



Richard Alen, Charles Rogers
y Arlette Marchal, en una escena
del film Paramount, "ALAS"

La gran actriz
Suzy Vernon.





Milton Sills y Betty Bronson en "La isla encantada," film First National.



Betty Bronson y Jane Chandler, artistas de la Paramount.

UN AMIGO DE MARY PICKFORD HACE SU REIRATO

POR JULIAN ARTHUR

Tres hombres se hallaban discutiendo sobre Mary Pickford, y uno de ellos aseguró:

—Mary Pickford durará más que cien vampiras.

Y entonces nació la discusión: ¿Por qué?

Uno de ellos dijo:

—Porque ya es una tradición, porque todos los americanos la han aceptado como se acepta la eterna unión de los huevos con jamón o la sublime mentira de que todos los hombres gruesos son buenos por naturaleza.

El segundo, dijo:

—Los sueños de la juventud, han sido siempre los ideales más fuertes y más conscientes y los anhelos más profundamente inconscientes.

El que así habló era un escritor para quien las palabras tenían más importancia que los pensamientos, por lo que no hay que contar con él.

El tercero era un productor, uno de nuestra generación. Su contestación hay que tenerla en cuenta, pues, significa algo:

—Cerebro—dijo simplemente.

Durante mucho tiempo hemos esperado que alguien coincidiera con nosotros en este asunto. Hemos oído toda clase de teorías para intentar explicar el por qué Mary Pickford, después de quince años de competencia, es la única mujer en la escena que tiene una personalidad completamente aparte de su profesión, pues, para el público no es simplemente una artista, es algo más sin ninguna relación con sus películas.

De Mary, no se puede nadie desprender con sólo decir: «No me gustan sus películas», o «Sí, tiene buenos ojos», o «Ya no parece joven». Ha permanecido y perdurará a pesar del poco éxito de sus últimas películas y no solamente a causa de las muchas buenas que ha hecho. La razón es la que simplemente dió el productor: CEREBRO.

En tanto que otras artistas, publican su afición por los libros o por las buenas pinturas o por su distinguido linaje, Mary Pickford se ocupa solamente de aumentar sus conocimientos con el único medio posible por el trabajo duro, cuidadosamente dirigido e inteligentemente desarrollado. Hablando ya el francés a la perfección en la actualidad está aprendiendo el español, pensando estudiar después el alemán. En su casa domina el más exquisito gusto y refinamiento, tanto en el decorado como en el mobiliario. Estudia y lee todo lo que cree que puede aumentar sus conocimientos y no lo que pueda en-

vanecerla con decir simplemente que lo sabe.

Hoy es algo increíble que alguien desarrolló un asunto de gran importancia en asuntos cinematográficos, sin consultar antes con Mary Pickford, porque sabe todo lo concerniente a las condiciones de la industria como cualquier hombre y su consejo es frecuentemente seguido por lo que se llama los grandes hombres de la cinematografía.

Sea cual sea la actitud que adopte en sus fotografías, todas son de una naturalidad indiscutible, probada en su película «Gorriones» y en muchas otras. Incluso su correo (compuesto casi exclusivamente de peticiones de retratos) en el primer semestre del pasado año, comparado con el de 1926, tuvo la diferencia de 250 a 400 cartas al día. Estos informes son absolutamente verídicos.

Recientemente, tuvo por huéspedes a varias muchachas trabajadoras del Este. Enseñándolas su casa, Mary advirtió que la vista de sus comodidades causaba en aquellas muchachas una medrosa y melancólica admiración, y con la mayor naturalidad dijo sonriéndose ligeramente:

—Lo raro de todo esto, es que hace diez y seis años una moneda de níquel, era para mí una fortuna. Esto demuestra lo maravilloso que es este país: no tiene límites para ofrecer oportunidades para conseguir una posición.

Inmediatamente todas las muchachas vieron aquellas riquezas bajo un aspecto muy distinto... Algún día podrían llegar a poseer cosas semejantes, pues, la famosa Mary Pickford, también había tenido que subir desde el primer peldaño de la escalera.



WALLACE BEERY

REPORTAJES CINEMATOGRAFICOS

DE LA VIDA PINTORESCA DE HAROLD LLOYD

Está fuera de duda que Harold Lloyd ha sido siempre un buen hijo. Y esa virtud innegable, ha hecho que crea más a sus padres que a sus publicistas, respecto al lugar de su nacimiento, que tan amenudo difiere en los periódicos, en los libros, en las páginas de reclamo que salen de las oficinas de publicidad. Y sus padres—lo asegura él mismo—le han dado su palabra de que el primer vagido de su vida, hendió el ambiente un tanto pueblerino de Burchard, Nebraska. Su padre era allí agente de la compañía "Singer", de máquinas de coser, y su madre soportaba con resignación cristiana el peso relativo de las labores de la casa. Harold pasó, pues, sus primeros años en medio de una estrechez, patrimonio de las gentes honradas, que se codeaba de cuando en cuando con la miseria. Y lo peor de todo era que ya los vecinos de Burchard tenían suficientes máquinas de coser; ya que en el pueblo, hasta en sus tugurios más apartados, guardaban el aparato que inventó Singer y que por lo tanto el negocio de Mr. Lloyd había sufrido considerable depreciación.

Como en todos los casos de anemia, un cambio de aire se imponía. El padre de Harold abandonó el risueño pueblecillo, y se dispuso a inundar con el traqueteo de sus máquinas la población de Beatrice, cercana, en cuyo mercado tenía cifradas grandes esperanzas.

Pero le perseguía la mala suerte. En Beatrice había estado antes que él uno de sus más activos colegas, que había dotado del artefacto hasta a las criadas; y el número de máquinas que se podía vender, apenas daba para mantener a raya la voracidad del casero, especie de ogro. Harold entonces pensó seriamente en trabajar.

Y toda una noche se revolvió en su pobre lecho pensando en la solución de su problema. Desde su llegada a Beatrice, se había dedicado a vender periódicos en una esquina, pero apenas si con la utilidades tenía suficiente para comprar pastillas para la garganta a fin de poder gritar más fuerte al día siguiente y atraer más compradores con la noticia sensacional. Durante su larga reflexión no se le ocurrió cosa mejor que vender "rosetas de maíz" de las que los chiquillos suelen comprar por aquellas tierras. Su padre, que había sido siempre su ayuda y consuelo, le sirvió de mucho en la empresa. A partir de la tarde siguiente, la buena señora tostaba maíz y Harold lo vendía a los transeúntes; un mes después, ya tenía el emprendedor muchacho un carrito con cristales desde el cual un agudo silbato de vapor

llamaba a los chiquillos, a los que el nuevo comerciante entretenía con juegos de manos; barajas que desaparecen, pañuelos que se convierten en flores, etcétera. Eran los trucos inocentes que había aprendido en sus días escolares. Desde entonces había sido grandemente aficionado a las cosas del teatro y muchas veces, bajo su propia cama, organizaba con dos o tres maderos un escenario representando a su modo tragedias y dramas, pantomimas y comedias que siempre eran interrumpidas por la escoba de la madre, poco condescendiente con tales aspiraciones artísticas.

El negocio empezó a progresar. Cada vez que el maíz se agotaba en el carrito, convirtiéndose en un torrente de moneda de níquel, el muchacho entraba en el teatro para ver las primitivas diversiones que al humilde pueblecito acudían.

Una noche... (Pero valdrá más dejar que hable el propio Harold Lloyd de estos días, ya lejanos, de sus duros comienzos):

"Una noche estaba yo muy ensimismado contemplando los carteles del teatro en donde a la sazón trabajaba la compañía de O'Connor, cuando la casa empezó a incendiarse. Las bombas invadieron la calle con ruido infernal, pero yo estaba tan absorto mirando los carteles que no me daba por aludido de lo que ocurría en torno. De pronto alguien me cogió por la cintura y llenándome de improperios me arrojó de la acera. Volví la cara asustado... y me encontré con el propio director del teatro que me miraba colérico.

—¿No ves que de un momento a otro pueden caerse los techos... grandísimo estúpido? — me dijo iracundo.

Pero al ver mi expresión afligida se dulcificó. Debí parecerle simpático pues empezó a consolarme y mientras las bombas en combinación con los techos que se desplomaban, hacían un ruido de dos mil demonios, nació mi amistad con el actor que después había de servirme tanto. Allí empezó mi carrera teatral en papeles muy pequeños, pero con los cuales se realizaba en parte mi sueño dorado. Y rodando, rodando, fui a dar con mis huesos a Los Angeles, donde la compañía quebró y nos quedamos todos en la calle.

Por entonces comenzaba a desarrollarse la industria del cine y yo concebí la idea de buscar trabajo entre los extras que a diario, al salir de los Estudios, se reunían en cierto local. Allí conocí a otro comparsa lleno de necesidades y aspiraciones que me contó dolorosas experiencias

viendo sus penas a las mías. Aquel individuo era Hal Roach.

Juntos empezamos a salir en busca de trabajo y juntos nos rechazaron un centenar de veces. Una mañana, en la que me había gastado mi última moneda en el precio del viaje a Universal City comenzó mi gran aventura y la de mi compañero.

Aquella mañana nos habían anunciado que necesitarían mucha gente para unas escenas y nos preparamos.

Llegamos, vimos... pero no veníamos. No era posible ni aun pasar las puertas del Estudio, pues, el reparto estaba hecho desde hacía más de tres días. ¡Y yo que había llevado mi caja de maquillaje en la certeza de que habría algo! Toda la mañana la pasamos merodeando por los alrededores, estudiando la manera de penetrar en el terreno vedado. Por fin al mediodía, cuando sonó el silbato para la comida, habíamos resuelto el problema. Durante ese tiempo nos aplicamos el maquillaje y cuando el silbato sonó de nuevo señalando la entrada a los actores, ya caracterizados, nos unimos a ellos. Y ya dentro de los muros de que para mí había sido una fortaleza, la Providencia vino en mi ayuda: —¿Tienes trabajo?

Alguien me hablaba con voz que a mí me parecía bajada del cielo. Contesté negativamente y aquellas misma tarde se me proporcionó tarea para dos semanas, con el entonces fabuloso sueldo de tres dólares y medio diarios.

A partir de aquel día, Harold Lloyd empezó a subir. Hal Roach, su amigo y compañero de infortunio, realizando uno de los cuentos encantadores de que está llena la vida vulgar, recibió una herencia y se dedicó a hacer películas que distribuía la Pathé. Recordando su antigua amistad contrató a Harold por cinco dólares diarios con compromiso para un año de trabajo; debía hacer el joven los caracteres llamados «los tristes», que pronto se hicieron famosos entre la gente menuda. Fue durante la realización de una de esas comedias mal retribuidas, pero que iban poco a poco hilando el manto triunfal que un día habría de cubrir al comediante de los espejuelos vacíos, cuando él sufrió el accidente doloroso que le privó de dos dedos de la mano derecha. Un accidente vul-

CURIOSIDADES

La historia del Cine a través de los galanes de Norma Talmadge

El doctor Hugo Riesenfeld, antes de salir para Chicago a fin de inaugurar el nuevo teatro de Los Artistas Asociados, hizo notar que la primera película que presentó en Broadway, fué «La batalla de los sexos», en la que se daba la primera oportunidad a una joven artista, y que esta artista es ahora la estrella de su primera presentación cinematográfica para Los Artistas Asociados.

La nueva película es «La Paloma», y la estrella Norma Talmadge.

Lo mismo que Mary Pickford, Norma, la hija de «Peg», Talmadge, trabajó en los estudios de la Vitagraph, cuando era muy joven y recién salida de la Escuela Superior de Erasmus Hall. Sus «galanes», desde entonces hasta el presente, forman la historia de la cinematografía y muestran la necesidad constante de nuevos artistas masculinos.

John Bunny, fué el primer Rey en «Reinos vecinos», segunda película de Norma Talmadge.

Cuando caracterizó a Mini, en «Historia de dos ciudades», Maurice Costello y Ralph Ince eran los protagonistas, y en «Mrs. Henry Awkins» Maurice fué de nuevo su galán, por cuya razón provocó tanto interés su actuación con Norma en «Camilla», última película de la estrella para la First National.

Leo Delaney, trabajó opuesto a Miss Talmadge en una serie de producciones de dos rollos, y una lista todavía más larga de películas cortas, forman los films en los que Antonio Moreno, llegaba en el momento crítico.

Cuando David W. Griffith empezó a dirigir a Norma Talmadge en los films de la Triangle, Elmer Clifton y Bobby Harron, fueron contratados para secundarla. Joseph M. Schenck, presidente de la Compañía de Artistas Asociados, que ahora distribuye «La Paloma», empezó a producir los films de Norma Talmadge en el año 1917 y ello significó el comienzo del

reinado de Eugene O'Brien, como compañero de Norma. Anteriormente, Earle Fox, había aparecido con la estrella en «Panteas». En las seis siguientes películas, capaces de hacer una serie como la de Ronald Colman-Vilma Banky, Norma Talmadge y Eugene O'Brien aparecieron siempre juntos, siendo en una de ellas dirigidos por Roland West, autor de «La Paloma».

Cuando la Famous Players Lasky, compró la mitad de los intereses de la Selznick Pictures y como Compañía distribuidora tomó el nombre de Select, Thomas Meighan y Conway Tearle fueron los galanes. Meighan, fué quien apareció con Norma en «El corazón de Wetona», según la obra teatral de Belasco, que con «Kiki» y «La Paloma», hacen un ciclo de tres grandes éxitos de aquel autor llevados a la pantalla por Norma Talmadge. Conrad Tearle, trabajó con Miss Talmadge en «El camino de la mujer» y en «Ellas aman y mienten».

También trabajaron con ella en esta época, Pedro de Córdoba, Rockcliffe Fellows, Jack Hallicay y Lowell Sheman.

Albert Parker, dirigió a Miss Talmadge en «La mujer marcada», en la que aparecía con Harrison Ford. Herbert Brenon, director que ahora también pertenece a Los Artistas Asociados, dirigió «El aviso en la puerta», película en la que trabajaba con Lew Cody. En los últimos films de Parker y Brenon, Miss Talmadge tuvo por compañeros a Harrison Ford y Jack Mulhall, con los que alternaban Conway Tearle y Eugene O'Brien. Joseph Schilkraut trabajó opuesto a ella en «La Canción del Amor».

En «Kiki», producción dirigida por Clarence Brown, con la que mantuvo el record del Capitol Theatre, durante un año, el héroe fué Ronald Colman, en «Margarita Gautier», el rol de Armando lo desempeñó Gilbert Roland, terminando la lista con

el nombre de este artista en «La Paloma» y ya contratado para «La mujer disputada», que empezará a producirse próximamente en los estudios de Los Artistas Asociados, en Hollywood, bajo la dirección de Henry King. Gilbert Roland, sigue en la cinematografía los pasos de Thomas Meighan, Eugene O'Brien, Ronald Colman, Conway Tearle, Joseph Schilkraut, Jack Mulhall, Harrison Ford, Maurice Costello, John Bunny, Leo Delaney, Elmer Clifton, Bobby Harron y Antonio Moreno.

El rol de Miss Talmadge en «La Paloma», es el que Judith Anderson creó durante más de una año en el escenario bajo la competente dirección de David Belasco.

Dolores, «La Paloma», es una danzarina de un cabaret de la Costa Roja, y Johnny Powell, caracterizado por Gilbert Roland, es su amigo y protector.

El mejor caballero de Costa Roja está interpretado por Noah Beery, rol que Holbrook Blinn desempeñaba en el escenario.



LORRAINE EDDY

gar que estuvo a punto de acabar con su vida.

Total, un descuido: una bomba que estalla antes de tiempo, convirtiendo en tragedia una situación cómica. La caracterización de Harold Lloyd era entonces muy diferente a la de ahora. Dos puntas de bitotillo, una eterna expresión de tristeza en el rostro y un traje ajustadísimo. Lo demás... maromas, pasteles por el aire, crema, platos, toneles de agua...

Harold Lloyd y Hal Roach tienen por qué ser buenos amigos. Ambos sufrieron juntos, ambos subieron al

mismo tiempo y juntos han seguido hasta hace cuatro años, que el cómic empezó a producir por cuenta propia.

La novela también ha entrado en su vida, y la que fué su amada en tantos disparatados episodios de comedia, lo es ahora en su hogar verdadero. Mildred Davis, descubierta por él, ha conquistado el cetro de su hogar.

Después de la carrera de Harold Lloyd ha seguido siempre por cauces triunfales. Sus producciones para la Pa-

ramount han paseado su nombre por el mundo entero haciéndole cada vez más famoso. A los éxitos de «El hombre mosca», «El Dr. Jack», «Casado y con suegra» y otros han seguido los más resonantes de «¡Ven-ga alegría!» y «El estudiante novato». Ahora en «¡Ay, mi madre!» culminan las creaciones insuperables del popularísimo cómic de las gafas sin cristal. «¡Ay, mi madre!» es, en efecto, una estupenda película cómica la de asunto más original e interpretación más perfecta que el público ha admirado hasta hoy.

LA NUEVA MANUFACTURA "ALBATROS"

"RATAS DE HOTEL" Y "LA CONDESA MARIA"

No hay marca más simpática que la «Albatros». Bajo el inteligente y activo impulso de su director artístico, Alejandro Kamenka, nos obsesiona desde hace unos diez años con las sensaciones cinematográficas más raras. Ciertas películas presentadas por esta casa cuyos títulos están en la memoria de todos han venido a acrecentar la riqueza inagotable del arte mudo.

Parece que este año «Albatros» ha querido reaccionar contra ciertas tendencias de originalidad en provecho de obras más estrictamente comerciales, y en materia de producción cinematográfica, sería muy difícil por no decir imposible, abstraerse impunemente del elemento comercial. Por haber olvidado o cuando menos descuidado este precepto elemental, buen número de productores han sufrido los rudos embates de la adversidad y han sabido la amargura de la desilusión.

Las dos películas que «Albatros» acaba de presentarnos pertenecen a géneros conocidos y definitivamente clasificados. Tienen la envergadura y solidez de las cosas bien logradas y les reconocemos además de un serio valor artístico, ese interés primordial de todo film triunfador que nace de la alegría y facultad de agradar.

«Ratas de Hotel» es la adaptación de una comedia vodevilésca de Armont y Gerbidón.

La casa «Albatros» ya nos había probado sobradamente con «El botones de Maxim's» y sobre todo con la incomparable producción titulada «Sombrero de paja de Italia», de René Clair, que se podía hacer en Francia excelentes films sobre asuntos esencialmente alegres. No solamente América tiene el privilegio de la comedia cinematográfica y para demostrarlo, ahí está «Ratas de Hotel», que es una prueba fehaciente de la capacidad francesa.

No cabe duda que «Ratas de Hotel», realizado por Adelqui Millar, no es un film exclusivamente francés, pero en lo que hay que fijarse es, en el espíritu de la obra y desde este punto de vista no cabe negar que la nueva producción de «Albatros» tiene un carácter eminentemente nacional.

He aquí, pues, un film encantador, sencillo pero elegante, sin afectación, claro y que mantiene la atención del espectador hasta el final; una película que se ve con placer y que constituye el más seductor de los espectáculos. Tiene todas las condiciones necesarias para que el público que acude a nuestros salones le dispense una favorable acogida.

El tema de la comedia de Armont y Gerbidón, es de una maravillosa inventiva. El joven heredero de una acaudalada familia traba conocimiento inopinada-

damente con una joven rata de hotel, que llegada para robar, conquista su corazón. La gentil ladrona es conducida por su imprudente amigo a un castillo habitado por gente honesta, donde la somete a una cura de desintoxicación rigurosa, pero sus naturales instintos vuelven a surgir potentes y los latrocinios cometidos en aquella casa no dejan ninguna duda acerca de su autor.

El joven, a quien la familia deja abandonado a sus propios medios, que ha perdido sumas enormes en el juego, obstante cierta lentitud de exposición, cautiva los ánimos. Muy bien desempeñados los papeles por Ica de Leukafy, Elmiré Vantier, Suzanne Delmas, Arthur Pusey, Pré Fils, Ivonnech y Douvan.

Agradables decorados, elegantemente estilizados, de Lázaro Meerson; hermosas vistas de Cannes y de la Costa Azul y una realización fotográfica de primer orden debida a Roudakoff y Frengue-



MARIA CORDA

lli, asegurarán el éxito de esta hermosa producción.

«La Condesa María» tiene un carácter español, muy acentuado, que es para nosotros su principal encanto.

Hasta el momento presente—y aunque los films que tienen por marco a España no sean muy numerosos—se ha seguido la norma de encargar a don Fulano o don Zutano, «metteur en scène» francés, alemán o escandinavo, la difícil tarea de hacer llegar hasta nosotros los perfumes ibéricos, lo que no sucedía sin dejarnos descontentos a los españoles, que muchas veces veíamos una caricatura falta de ingenio y autenticidad.

El tema de la comedia de Armont y Gerbidón, es de una maravillosa inventiva. El joven heredero de una acaudalada familia traba conocimiento inopinada-

padre, viejo granuja muy ducho en los deportes cultivados por Rinconete y Cortadillo, como «croupier» en el establecimiento, y ayudado de esta complicidad insospechada hace saltar la banca todas las noches.

Naturalmente, el subterfugio se descubre, se detiene al «croupier» y al enamorado joven se le obliga a restituir.

De nuevo pierde su fortuna y su in-deseable dulcinea. Pero el tiempo se encarga de arreglar las cosas y la ratita de hotel que camina ahora por la senda de la honestidad, se casa con el elegido de su corazón.

Adelqui Millar ha compuesto sobre este asunto un film muy bonito, que no

Ahora bien; el señor Kamenka, que se proponía adaptar a la pantalla la excelente obra de Luca de Tena, «La condesa María», tuvo la buena idea de dirigirse a un notable realizador español, a Benito Perojo. Idea un poco simple, si se quiere, pero que echaba a un lado aunque de una manera suave, las costumbres adquiridas. Esto nos ha valido un film extremadamente curioso, tanto de forma como de fondo, un film que nos muestra a España, a los españoles visto por un español, cuya mentalidad está bastante alejada de la nuestra, pero que, precisamente por eso mismo, merece toda nuestra estima y toda nuestra simpatía.

En «La Condesa María», Luca de Tena nos cuenta la sencilla historia de una madre y de una joven prometida, muy humilde, que se desesperan ante el recuerdo del ser que aman, que afronta los más graves riesgos combatiendo contra los rifeños.

Dado ya por muerto, el soldadito, que no era más que prisionero, logra evadirse y juntarse con su buena madre y su hermosa novia.

El film de Perojo se recomienda por sus cualidades emotivas y pictóricas. La Kermesse de Madrid, los combates del Rif, la huida del soldado a través del desierto, han proporcionado al realizador la ocasión de lucirse y afirmar su maestría.

La interpretación corre a cargo de artistas de primera categoría. Rosario Pino está sencillamente conmovedora en el papel de condesa; Sandra Milowanoff, verdaderamente tierna y cariñosa en el de la novia. Figuran y se destacan también André Standard, José Nieto y Valentino Parera.

«La Condesa María» y «Ratas de Hotel», que tan gran éxito de presentación han obtenido, son distribuidos por la casa «Armor», asociada desde su fundación con tanta fortuna a la «Albatros».

París y marzo del 28.